

LA POBLACIÓN DEL NORTE DE ARAGÓN EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

por ANTONIO MORENO ALMÁRCEGUI

INTRODUCCIÓN

Este es un estudio dedicado fundamentalmente a la dinámica demográfica, en el que la población ocupa un lugar central. Nos interesan las oscilaciones del número de hombres, sus posibles causas y sobre todo sus consecuencias demográficas, económicas y sociales,

El factor dinámico que consideraremos será la Población. La economía y la sociedad nos interesarán en la medida que se vean afectados por esta dinámica demográfica. No es porque no creamos que las variaciones económicas o sociales no influyen en las variaciones de población, sino porque al recortar nuestro objeto de estudio —ya de por sí muy amplio—, explícitamente nos interesamos por la población como factor causal. No es por tanto un estudio de historia total.

La zona elegida para esta tesis es muy amplia —desde la frontera navarra, a la frontera del Principado de Cataluña; desde los Pirineos al río Ebro—, inmensa para el Antiguo Régimen. De Norte a Sur se suceden las montañas pirenaicas, con sus depresiones intermedias (en las que se concentran la población y la actividad económica), piedemontes (Somontanos son llamados por los hombres de esta tierra), áridas llanuras y fértiles vegas. Un paisaje de grandes contrastes, ideal para un estudio comparado. La zona no forma una unidad histórica completa, aunque creemos que responde a una unidad geográfica y demográfica.

El período elegido comprende desde 1598 a 1820. Las fechas son poco significativas desde el punto de vista demográfico. La primera se sitúa un momento antes de la expulsión de los moriscos, y la segunda unos años después de la Guerra de Independencia, suficiente para ver el impacto y consecuencias de ambos fenómenos sobre la trayectoria demográfica. Siglo XVII y siglo XVIII, el primero de retro-

* Tesis leída el día 3 de noviembre de 1982 en el Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Geografía e Historia.

ceso y el segundo de clara expansión. Por tanto también contraste desde el punto de vista cronológico, contraste que forma en parte una unidad. El siglo XVIII aragonés se entiende mejor a la luz del siglo XVII.

Hemos dividido el trabajo en tres partes. En la primera estudiaremos las diferencias de comportamiento demográfico y de estructura social entre las distintas zonas geográficas y sus permanencias en el tiempo. La amplitud de la zona observada permite contemplar estos contrastes demográficos y sociales a medida que cambia el medio geográfico.

En la segunda parte, desarrollaremos las distintas estructuras económicas rurales, en el norte aragonés, fundamentalmente la actividad agrícola y ganadera. Nos interesará especialmente la influencia que sobre la actividad económica producen los períodos de crecimiento o retroceso demográfico, las fases de «alta» o «baja» presión demográfica.

Por último, en la tercera parte, estudiaremos la cronología del crecimiento demográfico del norte aragonés. Intentaremos determinar la influencia de las crisis de mortalidad sobre el crecimiento, que en esta zona de Aragón y para este período suelen ser fundamentalmente debidas a la guerra y a sus secuelas (movilidad y peste) y las crisis de subsistencia, derivadas en Aragón sobre todo de las sequías. Dedicaremos especial atención a los ciclos demográficos de 30-40 años, que en Aragón tienen una especial virulencia.

Fuentes y metodología

Nuestro trabajo se apoya en el estudio sistemático y a nivel local de tres recuentos —el fogaje de 1495, el vecindario de 1712-1717 y el censo de 1787— y en los registros parroquiales de una muestra de lugares de la zona entre 1598 y 1820: 21 series completas de bautismos, matrimonios y defunciones, 9 incompletas y 8 series más de bautismos. Las series pertenecen a los Obispos de Jaca, Huesca, Barbastro y Zaragoza.

La información contenida en los censos nos permite hacer un estudio geográfico de las estructuras demográficas, es decir, cómo varían los comportamientos demográficos de cada una de las zonas. Densidades, tipos de hábitat, estructuras familiares y ritmos de crecimientos intercensales plasmados en una serie de mapas.

El último censo, el de 1787 con una información más rica, nos permite afinar mucho más en nuestro análisis. Hemos grabado los resúmenes municipales en un microprocesador. A partir de los datos de estos casi quinientos municipios que cubren nuestra zona de estudio, hemos establecido relaciones entre el medio geográfico —alta montaña, valles intermedios, somontano, vegas y desiertos—, la estructura social —hemos tenido en cuenta las variables jornaleros, labradores

e hidalgos— y los comportamientos demográficos —niveles de nupcialidad, celibato definitivo y edad al matrimonio—. La proporción entre niños de 0 a 7 años (y teniendo en cuenta los niveles de mortalidad de «párvulos» a partir de los registros parroquiales) y las mujeres fecundas casadas, nos permiten establecer niveles de «fecundidad», así como posibles influencias de la mortalidad catastrófica infantil en esas fechas en las zonas más insalubres (vegas de los ríos y cercanía de caminos importantes). Nuestro objetivo era describir las estructuras, las permanencias, geodemográficas en estos dos siglos.

A partir de las curvas parroquiales pretendemos reconstruir tanto la dinámica demográfica de cada una de las zonas geográficas, como del conjunto. Crisis de mortalidad, su cronología, un análisis de la importancia de cada una, causas y sobre todo duración de sus consecuencias. Desplazamientos de población y crisis de subsistencia... causas del retroceso de población en el siglo XVII y del crecimiento durante el siglo XVIII, a partir de cuándo se puede hablar de recuperación del siglo XVIII.

CONCLUSIONES

Desde el punto de vista metodológico, el marco local por sí mismo aislado no es una buena «unidad de trabajo» en el campo de la demografía histórica, porque se escapa a la observación uno de los factores más importantes del comportamiento demográfico: los desplazamientos de población. De ahí el acierto en los planteamientos de Pérez Moreda: «la emigración más allá de la estricta vecindad, un factor, que por razones inherentes al método mismo de la reconstrucción de las familias, la demografía histórica reduce a dimensiones negligibles, emerge como parámetro decisivo del modelo castellano».

La dinámica demográfica, por sus propias características, se inscribe dentro del tiempo largo. Las consecuencias de una crisis o rápida recuperación demográfica tienden a permanecer en el tiempo durante 30 ó 40 años, y a veces, dependiendo de su intensidad, más años. Hay una «inercia» de los acontecimientos demográficos que encadena sus causas y consecuencias en el tiempo. Hay un «tiempo» propiamente demográfico que sólo se trasluce en la media y larga duración. Un marco temporal y geográfico amplio es necesario en los estudios demográficos, pero esta tarea, lo hemos comprobado nosotros, se escapa con mucho al investigador aislado.

¿Cómo «situar» en pocas palabras el norte aragonés del Antiguo Régimen, definir sus «peculiaridades», aquello que lo distingue, que lo configura como tal?

No cabe duda que el «norte aragonés» tiene una personalidad propia a lo largo del Antiguo Régimen. Geográficamente es una zona con fuertes contrastes, tanto desde el punto de vista físico como humano. De los altos valles de la zona axial pirenaica, a las depresiones intermedias; del Somontano a las áridas llanurás de las Barenas, Monegros o Litera (en las que sólo la presencia de algún río transforma totalmente el paisaje) todo cambia. Clima, habitat, densidades de población, estructuras económicas, estructuras sociales... Estos contrastes geográficos favorecen fuertes intercambios humanos de unas zonas a otras, formando el conjunto una gran unidad regional. Al final, cada elemento —que por necesidad de análisis hemos tenido que presentar en solitario— nos aparece íntimamente ligado al conjunto.

Se distinguen también unas «inercias históricas», «un peso del pasado», que da a nuestra zona de estudio, parte de su propia personalidad: bajísimas densidades medias a lo largo del Antiguo Régimen, una organización del habitat y del poblamiento que va desde las aldeas, pardinas y «castillos» de la montaña y el Somontano, hasta los grandes municipios de las vegas de los principales ríos, profundamente influida por el medio geográfico y las estructuras culturales y sociales. De la montaña al llano pasamos progresivamente de la «casa» al «Municipio». ¡Qué profundas diferencias de comportamientos demográficos, económicos y sociales reflejan esta organización humana del espacio! Urge conocer su proceso de formación, que sin duda, está influyendo en la historia del Antiguo Régimen.

Todo ello configura una situación en la que la influencia de la familia-tronco es decisiva, tanto en la estructura social como demográfica. La familia —unidad de comportamiento demográfico y social— y la casa —unidad de producción— aparecen perfectamente integradas. El número de casas determina el crecimiento demográfico. La nupcialidad —decisiva en el crecimiento demográfico— se enmarca dentro de las necesidades y los intereses de la casa.

Este sistema configura una sociedad de «labradores» relativamente igualitaria, y una movilidad muy alta de la población joven.

Sin embargo, de la montaña al llano, sufre profundas transformaciones. En el Pirineo el número de personas por casa es mucho más alto que en el llano. El bajo número de personas por casa del llano no es reflejo de la aparición de la familia nuclear, por lo menos a comienzos de la Edad Moderna y al norte del valle del Ebro (excluyendo las vegas), sino consecuencia de unos niveles de mortalidad más altos; el llano es un gran devorador de hombres. Sobre esta familia-tronco, los niveles de mortalidad configuran distintos niveles de nupcialidad.

¿Qué decir del comportamiento demográfico del norte aragonés en los siglos xvii y xviii? Empecemos por la mortalidad.

No hay una visión de conjunto clara sobre la mortalidad en el Antiguo Régimen. La distinción entre la mortalidad de crisis y la mor-

talidad normal —en la práctica íntimamente unidas— y la mayor o menor influencia de cada una sobre el crecimiento de la población. Partamos de las declaraciones de un clásico de la demografía: «sería tan imprudente asumir que en los tiempos preindustriales las tasas de mortalidad fueran invariablemente altas, como formular el mismo supuesto respecto de las de fecundidad... Es indudable que no sólo fueron los niveles de vida [McKeown] los que tuvieron influencia en las tasas de mortalidad preindustriales, sino también otros muchos factores: el clima, las cosechas y las epidemias infecciosas ejercieron una enorme influencia a corto plazo; a largo plazo, las circunstancias económicas en general, el grado de urbanización, la densidad de las poblaciones, la virulencia variable de determinadas enfermedades y sus imprevisibles apariciones y desapariciones y las características genéticas de las poblaciones. Es posible que todos estos factores, combinándose de diverso modo, originaran niveles de mortalidad muy diferentes...» [Wrigley]. El comentario sugiere más un planteamiento de hipótesis que un conjunto de evidencias claras, en el que no se ve con claridad cual es el peso de cada uno de los factores, para poder establecer un balance.

«Hay testimonios evidentes, y desde luego dramáticos de la índole destructiva de las crisis que... tras las malas cosechas... (y) grandes epidemias de peste, viruela, tífus y gripe... (que) causaron estragos en poblaciones debilitadas... Hay, sin embargo, muchos menos testimonios acerca de los niveles de mortalidad que prevalecieron en situaciones normales, y todavía menos de la magnitud de las *diferencias de mortalidad entre diferentes regiones y localidades, o del alcance de los cambios con el paso del tiempo*» La causa es clara: «la relativa abundancia de estudios sobre crisis a corto plazo y la relativa ausencia de otro tipo de estudios se deben, en parte, a las dificultades técnicas del análisis de las fuentes existentes» [Wrigley].

El planteamiento nos parece de una gran lucidez. Las fuentes y los métodos han favorecido un enfoque parcial del tema, primando los estudios sobre la mortalidad de crisis (al fin y al cabo extraordinaria) sobre la mortalidad normal, y desligando los dos tipos de mortalidad, a nuestro juicio íntimamente unidas. Por otra parte, el método de reconstrucción de familias, de base fundamentalmente local, favorece el estudio de la población más estable —niños y casados— sobre la población con mayor tendencia a la movilidad —jóvenes y solteros—.

La limitación es clara. Sólo la reconstrucción de los grandes conjuntos regionales podrá resolver el problema definitivamente. Nosotros nos limitaremos a dar algunas conclusiones parciales.

Los distintos niveles de mortalidad «geográficos», «demográficos» y «sociales» sea, quizás, el factor que más interés pueda tener. Es muy probable que sobre los niveles de mortalidad normal del norte ara-

gonés haya una gran influencia del medio geográfico, la densidad demográfica y los tipos de habitat.

El factor decisivo que podría influir en los distintos niveles de mortalidad de unas zonas a otras podrían ser las temperaturas. Es un hecho comprobado que hay una intensa correlación entre las temperaturas medias anuales y el ciclo anual de la mortalidad infantil. La época cálida es un momento crítico para los niños lactantes expuestos a todo tipo de infecciones y deshidrataciones. Esta sería la causa de niveles de mortalidad exógena muy distintos de unas zonas a otras.

El aumento de la densidad provocaría también niveles más altos de mortalidad. Aquí, la mayor frecuencia de los contactos entre masas de población más numerosa, generaría una mayor frecuencia e intensidad de las infecciones y epidemias. Por último, una organización del poblamiento más concentrada —facilitando también los contactos— actuaría en el mismo sentido. Urge comprobar nuestras afirmaciones sobre una masa importante de Archivos Parroquiales en los que se estudie minuciosamente de forma rigurosa la mortalidad del primer año de vida, y los niveles de mortalidad endógena y exógena, a la vez que se comprueba la distribución de estas defunciones a lo largo del primer año de vida. Este estudio bien merece una tesis.

El estudio cronológico de la mortalidad, nos revela la importancia de las crisis de mortalidad en el crecimiento de la población de nuestra zona de estudio.

A nuestro juicio, estas crisis son uno de los factores fundamentales que retrasan, casi durante 100 años, el crecimiento de la población del norte aragonés.

La causa más importante de estas crisis de mortalidad van a ser las guerras, que primero se financian y luego se soportan *in situ*, con asalto, saqueos y quema de cosechas sistemáticas por parte de los soldados. Al concentrarse la mortalidad más importante sobre los hombres jóvenes, la nupcialidad de los años siguientes se va a ver profundamente afectada. Al mismo tiempo, las guerras producen un efecto multiplicador de la movilidad de esta población joven, que ahora se desplaza fuera del marco local en el que normalmente se sitúa, favoreciendo la extensión de las infecciones y sobre todo de la peste, que tiene también un efecto a largo plazo [Biraben].

Esta movilidad de «amplio radio», fuera de los cauces por los que normalmente corre, aparece íntimamente unida a los principales periodos de peste, 1630-1632 y 1648-1654. La primera, ligada a una mayor presencia de inmigrantes franceses, y la segunda a las tropas que combaten en la frontera catalano-aragonesa.

No es esta movilidad de radio amplio la única causa, pero sí el factor que hace de estas crisis verdaderas catástrofes demográficas a nivel regional, y junto con la guerra, van a dar una peculiaridad es-

pecial a la cronología del crecimiento catalano-aragonés en el siglo XVII.

Esta movilidad de la gente joven —a nuestro juicio íntimamente unida a los comportamientos familiares y a los altos porcentajes de «pobres» que encontramos en las actas de defunciones —aparece como uno de los fenómenos más interesantes del siglo XVII. Esta «espiral de la movilidad» llega a su cenit en torno a los años 1640-1655 de este siglo, pero sin duda se ha desatado antes. ¿Un desequilibrio entre población y recursos? No parece lógico después de la expulsión de estas tierras aragonesas de un 15 % de su población. ¿Es precisamente la expulsión de los moriscos —que genera desequilibrios entre zonas de alta presión demográfica y zonas que ahora tienen una muy baja presión demográfica— fundamental de estos desplazamientos en masa? No lo sabemos, pero de ser cierta nuestra hipótesis, la expulsión de los moriscos, al generar desplazamientos en masa (y así romper las barreras naturales de defensa contra la muerte en el Antiguo Régimen) sería una de las causas que agravaría indirectamente la crisis del siglo XVII aragonés. La inmigración francesa, y la guerra de Secesión catalana completarían las causas que llevarían al máximo esta «espiral de la movilidad».

Junto a la guerra y el binomio movilidad- peste, aparecen ya en tercer lugar las crisis de subsistencias, aunque sin las consecuencias de los otros dos factores. Estas crisis, no cabe duda, aparecen como un desequilibrio «momentáneo» entre población y recursos, unidos a períodos de intensas sequías.

Pero observadas en la larga duración toman un cariz nuevo. ¿En qué medida influyen las oscilaciones importantes de la población activa —muchos jóvenes y pocos adultos, después de unos años en los que la economía se ha adaptado a la situación contraria— generadas por las crisis de mortalidad más importantes [Baehrel]. Sería la consecuencia lógica de unas estructuras demográficas en las que la baja esperanza de vida y las altas tasas de natalidad reducirían las «inercias» demográficas y aumentarían la influencia de la «coyuntura» sobre el crecimiento demográfico, que se enmarcaría en un movimiento cíclico de mayor amplitud. Algunas evidencias —mortalidad de jóvenes en tiempo de crisis, oscilaciones de los diezmos y de los precios del trigo y del ordio— apuntan en este sentido, pero es necesario reconocer que nuestra «prueba» más concluyente —la reconstrucción de la población «teórica» a partir de las tablas modelo de mortalidad de la ONU— se apoya en un «modelo» y no en una evidencia empírica directa.

A nuestro juicio, la mortalidad de crisis del siglo XVII y principios del XVIII, junto con la expulsión de los moriscos, generó una situación de baja presión demográfica por lo menos desde 1610 hasta 1735-1755. Durante estos casi 150 años, el crecimiento demográfico fue lentísimo,

no ejerciendo casi ningún estímulo sobre las transformaciones agrícolas.

Ahora nos toca comentar las variaciones en la nupcialidad. También ésta, como la mortalidad, varía con el medio geográfico, la densidad y el habitat, corroborando de forma indirecta los resultados obtenidos por la mortalidad. En la montaña, donde los niveles de mortalidad son mínimos, el matrimonio es muy selectivo, más selectivo cuanto más bajos son los índices de mortalidad. Esta situación encaja perfectamente dentro del «modelo europeo» de Hajnal. Matrimonio tardío, alto celibato definitivo y bajísimo porcentaje de segundas nupcias. En el llano, la situación se transforma a medida que aumenta la mortalidad. Matrimonio temprano, prácticamente no existe el celibato definitivo femenino, y la frecuencia de las segundas nupcias es altísima. El aumento de la densidad y la concentración del habitat parecen apuntar en el mismo sentido.

La nupcialidad se eleva de la montaña al llano, del campo a la ciudad, justo en el mismo sentido que la mortalidad. La nupcialidad se adapta a las necesidades de la «casa» y ésta se transforma según los niveles de mortalidad: ¿Hay un sistema de «autoregulación de la población del Antiguo Régimen»? ¿Es la demografía una «variable independiente dentro de los modelos económicos»? [Dupâquier]. ¿Explicaría este fenómeno al poblamiento más antiguo de las montañas que el de los llanos en el Mediterráneo, el sentido de los desplazamientos, siempre de las zonas más altas a las más bajas, y solo excepcionalmente a la inversa? De hecho, tras la crisis general de 1630-1654, la población del llano se hunde, como la de las ciudades, mientras la montaña parece seguir creciendo. Las zonas llanas tendrán que esperar su recuperación hasta que las montañas vuelvan a verter sus hombres sobre el llano. Tímidamente a partir de 1670-1675, de forma más importante desde la crisis de 1678-1688, en masa tras la guerra de Sucesión y hasta 1730-1740. Estos desplazamientos de población entre la montaña y el llano, entre el campo y la ciudad son el factor de equilibrio de este sistema demográfico regional.

Por último, la nupcialidad nos parece el factor clave dentro de los factores positivos del crecimiento demográfico de esta zona. Prácticamente, las variaciones en esta explican en un 90 % las variaciones en la cursa de bautismos, y la «fecundidad» parece moverse dentro de unos valores muy estables a lo largo del Antiguo Régimen aragonés. La correlación entre matrimonios y bautismos es casi perfecta. Si la población creció en el siglo XVIII, es porque la mortalidad extraordinaria —sobre todo la mortalidad de guerra— pierde virulencia, y porque la nupcialidad se elevó por encima de los niveles del siglo XVII.

A nuestro juicio, el aumento o retroceso demográfico de esta zona aparece íntimamente unido a la mortalidad extraordinaria (cuya causa más importante depende de factores sociales y políticos) y a la nupcia-

lidad, el factor más social del crecimiento demográfico. En nuestro caso concreto, el crecimiento o retroceso demográfico aparece íntimamente unido a los factores sociales y políticos.

Las consecuencias del retroceso demográfico en el siglo XVII son claras. La crisis afectará más a las ciudades que al campo, al llano que a la montaña, justo los sectores demográficamente más frágiles de la sociedad aragonesa. A fines de este siglo la población aragonesa es más rural, y más montañesa que en sus comienzos.

¿Qué sucede con el crecimiento demográfico del siglo XVIII? Las mejoras agrícolas que se introducen en Aragón a lo largo del Antiguo Régimen —las roturas en los secanos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y las transformaciones de los cultivos de los regadíos en aquellas zonas más densas, se apoyan en una transformación del ciclo de trabajo anual, pasando éste de un ciclo estacional a un ciclo cada vez más largo e intenso. De ahí, que el motor decisivo de estas reformas sea el aumento de la presión demográfica [Boserup]. Estas transformaciones agrícolas, van a favorecer el paso de una sociedad de «labradores» a una sociedad en la que progresivamente irán tomando importancia jornaleros y comerciantes, los primeros como grupo humano cada vez más numeroso —los jornaleros— y los segundos —los comerciantes— como un sector social cada vez con una mayor influencia social y económica. El hecho está relacionado con un localismo de las políticas de los Municipios —controlados por los labradores— y una mayor amplitud de los mercados.

En las zonas más densas el hecho de que los jornaleros se conviertan en el grupo social más numeroso será una de las claves de las transformaciones de la segunda mitad del siglo XVIII, y el reflejo de la íntima unión entre el crecimiento demográfico y las transformaciones sociales y económicas. Desde el punto de vista demográfico a diferencia del criado —que permanece soltero en casa de su amo— el jornalero se casa y mantiene su propia familia. ¿Explica en parte este fenómeno el aumento de la nupcialidad en la segunda mitad del siglo XVIII? Desde el punto de vista social y económico el ciclo de trabajo anual más intenso, favorece una gran estabilidad y continuidad del trabajo asalariado y la posibilidad de que un gran número de familias pueda vivir de él. El hecho nos parece de una indudable trascendencia porque desliga la «casa» (como propiedad y unidad de producción) de la «familia», la empresa agrícola del comportamiento familiar. ¿No es lógico que en las zonas más densas, en las que predomina el jornalerismo, la edad al matrimonio sea muy baja, y no exista prácticamente el celibato definitivo?

En las zonas menos densas del llano, la facilidad de acceso a los secanos, favorece la aparición de «nuevos labradores». Sin embargo,

ya hemos visto que estas zonas, con niveles de mortalidad más altos, obligan a un trabajo más arduo y tienen unos rendimientos más inciertos. De hecho, su poblamiento sólo se acelera en los momentos de crisis de subsistencia que provocan la llegada a la madurez de las oleadas de jóvenes. Hay una íntima relación entre los niveles de «presión demográfica» y la colonización de estos secanos. No es tanto un desequilibrio entre población y recursos, sino una dependencia cada vez mayor de la producción de estas zonas de la red comercial, debido sobre todo a su mayor aleatoriedad.

A comienzos del Antiguo Régimen la superficie roturada se reduce casi exclusivamente a los regadíos. Esto hace, que aún con rendimientos mediocres, la producción sea muy estable. Las crisis de subsistencia se combaten mediante el recurso a la siembra de cereales de primavera (avena, mijo...), y los pósitos, ambos factores fáciles de controlar desde una política local. La situación se transforma con las roturas de los secanos.

Este factor, unido a los mercados cada vez más amplios de los productos comerciales de las zonas más densas —vino, aceite, moreras...— genera una dependencia cada vez mayor de la producción agrícola de los intereses comerciales, intereses que cada vez se mueven más a niveles extraregionales [Pérez Sarrión]. Es decir, esta comercialización e industrialización de los productos agrícolas no va acompañada de un crecimiento urbano regional, sino que progresivamente van dependiendo de los intereses catalanes, valencianos o navarros.

Jornaleros y comerciantes, ciclos de trabajo más intensos y mercados más amplios, son los factores que van a disolver los fundamentos de la sociedad rural y localista del Antiguo Régimen aragonés.

Es curioso observar que estas transformaciones se aceleran precisamente en aquellas zonas en las que la crisis del siglo xvii ha sido más intensa. Geográficamente hay una estrecha relación entre aquellas zonas que sufren especialmente la crisis de este siglo (las zonas del Somontano oscense, la vega del Cinca y la vega del Ebro) y las zonas de fuerte crecimiento demográfico y rápida transformación social y económica. La montaña, que resiste muy bien la crisis del siglo xvii, mantiene una gran continuidad de los comportamientos demográficos y de las estructuras sociales a lo largo del siglo xviii. ¿Favorecen las crisis de mortalidad y los abandonos masivos de la población tras la crisis de los años 1640-1655, la más rápida disolución de las estructuras del Antiguo Régimen?